Identidades políticas, sociales y raciales en conflicto

en la literatura venezolana reciente.

Viviana Plotnik

Teniendo en cuenta que más de siete millones de venezolanos han abandonado su país en los últimos años, no sorprende que haya surgido una literatura de la diáspora o del éxodo venezolano. Varios escritores han publicado novelas por las cuales han obtenido reconocimiento global y premios literarios internacionales. Como algunos críticos como Carlos Sandoval, Miguel Gomes, Patricia Valladares-Ruiz y Katie Brown han indicado, esas obras ofrecen una perspectiva negativa de la vida en la nación venezolana. No sorprende que el tema de la crisis social, la violencia y la emigración sean centrales. De acuerdo con Magdalena López, se está repitiendo con la literatura venezolana publicada en el exilio lo que sucedió con la literatura cubana en los noventa: la proliferación de lo que denomina la “pornomiseria” literaria para satisfacer al mercado europeo presentando una realidad grotesca sobre un país latinoamericano en crisis. Osorio Amoretti también señala que el mercado editorial europeo demanda y estimula la producción de una narrativa sobre la nación venezolana que se ajuste al estereotipo de un contexto violento y oprimente. Un ejemplo lo constituye la novela *La hija de la española* (2019), traducida a más de veinte idiomas y galardonada con prestigiosos premios internacionales, cuya autora- Karina Sainz Borgo- reside en España desde el 2006.

Sainz Borgo describe la Venezuela actual como un lugar infernal donde no existe la mínima seguridad física o jurídica, donde todo se desmorona, desde las carreteras hasta la institucionalidad, en medio de la escasez, la arbitrariedad y la violencia. La salud pública aparece colapsada. Los hospitales carecen de medicamentos, y a sus puertas se presentan largas filas de gente delgada por el hambre. La lucha cotidiana por la sobrevivencia es feroz, la depredación reina en la competencia por los recursos más básicos y la solidaridad es un recuerdo del pasado. Los estudiantes protestan y el gobierno los arresta, tortura y ejecuta. Las milicias chavistas arbitrariamente invaden y usurpan hogares sin que los damnificados puedan obtener asistencia o justicia.

En este contexto de crisis y caos, la narradora presenta identidades políticas, sociales y raciales en conflicto que se disputan los recursos con la ley del más fuerte. Se configuran dos grupos en conflicto: una clase baja, chavista y negra, por un lado, y una clase media apolítica o antichavista y de ascendencia europea, por el otro. La primera es rapaz, depredadora, irracional y violenta, mientras que la segunda es racional, culta, luchadora y víctima de la segunda. Ambos grupos representan valores incompatibles que se condensan en la polaridad civilización/barbarie. La clase media es arbitrariamente despojada de sus bienes y derechos, y la emigración aparece como la única salida posible del infierno.

La protagonista es Adelaida, una filóloga de clase media que trabaja como correctora para una editorial extranjera. Su madre fue la primera universitaria de la familia y obtuvo una licenciatura en Educación. Adelaida enfatiza que no pertenece a una familia pudiente; por el contrario, lo poco que poseen, un modesto departamento en Caracas y los diplomas, ha sido el resultado de años de esfuerzos y dedicación:

Nunca cuestioné nada que proviniera de mi mamá, porque sabía cuánto le había costado dármelo. Cuántas clases particulares necesitó dar para pagar mi educación en un colegio privado o mis cumpleaños con bizcochos, gelatina y refrescos servidos en vasos de plástico. (Sainz Borgo 24)

 Una grave enfermedad acaba con la vida de la madre y deja a la hija sin los modestos ahorros que le quedaban. Debido a la crisis sanitaria y la falta de insumos hospitalarios, durante el tratamiento de la progenitora habían tenido que conseguir a través de enfermeros corruptos y por sumas exorbitantes desde gasas, algodón y jeringas hasta bolsas de suero.

A pesar de las limitaciones económicas, Adelaida se considera una persona “culta.” Se siente orgullosa de la biblioteca heredada de la madre y de su aprecio por el arte. Esta caracterización es clave en la novela ya que es una distinción que marca la diferencia entre las clases sociales en conflicto y también dentro de la misma clase media. La protagonista valoriza a quienes se interesan por la “cultura,” leen, tienen estudios universitarios, proceden de ámbitos urbanos, son inmigrantes europeos o descendientes de éstos, expresan opiniones basadas en la razón y no en supersticiones, y son “modernos”- ya sea por saber utilizar cierta tecnología básica, como por vestirse al estilo citadino y no anticuado. Para la protagonista, su madre fue un ejemplo que reunía estas características; por eso desde pequeña la hija sentía orgullo de que aquella había emigrado de un pueblo a la ciudad capital, despreciaba la superstición, leía y enseñaba a otros a hacerlo, y la había llevado desde pequeña a museos y teatros. La progenitora, como Adelaida, era discreta y apreciaba a la gente que cuidaba su aspecto y los modales. Odiaba el exceso y no le gustaban las personas que comían o bebían demasiado. Tampoco las que hablaban en voz muy alta o lloraban a gritos. Como su madre, Adelaida, admira el orden, la elegancia y los buenos modales que constituyen indicios de civilización. Asocia estas características “civilizadas” con los inmigrantes europeos que contribuyeron al crecimiento económico y cultural de la nación, cuya edad de oro habían sido los años cincuenta. Considera que la civilización y el progreso fueron derrotados por la barbarie en la

Venezuela actual, que expulsa a los hijos de esos inmigrantes a otras tierras.

Adelaida se identifica como parte de una clase media que se siente acosada y victimizada, tanto si protesta contra las injusticias como si se resigna pasivamente. Como se mencionó, se establece una oposición binaria que contrapone la clase media civilizada con una clase baja inculta y violenta, pero que tiene un poder excesivo. Los personajes que representan a este último segmento social intimidan y acosan a la gente de clase media, invaden sus espacios y los despojan de sus posesiones. Además, destrozan objetos y lugares apreciados por la clase media culta o que los representa.

Adelaida se presenta como víctima de milicianas armadas protegidas por la policía que invaden su departamento y la expulsan violentamente. Utilizan su hogar como depósito para guardar los productos que reciben del Ministerio de Alimentación a cambio de apoyo político y que después venden en el mercado negro. Estas milicianas constituyen un “ejército de miseria y violencia que asolaba la ciudad” (78). Por donde pasaban, dejaban olor “a sudor y basura” (76). Tenían “tufo a vinagre” y “sudaban como camioneros. Su olor era agrio y oscuro” (71). Son mujeres racializadas y animalizadas: son “fieras” (153) y “bestias” con “dentaduras de perros bravos” (54); una tiene “un colmillo ausente” en su dentadura y mira con “ojos becerros” (78). Como metáfora del exceso, se destaca su gordura que contrasta con la delgadez de la mayoría de la población hambrienta. Las chancletas de una muestran “dedos gruesos comidos por sabañones” (72) y el aspecto de otra “evocaba una carnosidad absurda en un lugar en el que todos morían de hambre” (172). Son “obesas” mal vestidas que hablan incorrectamente y a los gritos. Están marcadas por el exceso: de peso, de expresividad verbal y no verbal, y de violencia.

Predomina la metáfora de la invasión: las milicianas conforman “un comando de invasión” (69). Invaden el barrio de clase media de Adelaida, ocupando espacios públicos y privados, incluyendo edificios y departamentos. Su presencia degrada esos espacios y los arruina con su mal olor, sus voces chillonas, sus cuerpos enormes de movimientos torpes y su falta de respeto por los objetos que representan la cultura y la civilización como los libros y las vajillas que destrozan. Cuando Adelaida tiene la oportunidad de ingresar por unos minutos a su departamento tomado, lo encuentra destruido y despojado de muebles. Sus libros, en lugar de estar en los estantes de su biblioteca, colapsaban las cañerías del baño. Donde antes había habido bocetos de arte, había ahora figuras de santos y velas. En otras palabras, Adelaida comprende que la superstición había desplazado la cultura y la racionalidad.

La protagonista se siente desesperada por la pérdida de su hogar y por no tener donde vivir. No está segura en ningún lado. En las calles la aterroriza la violencia de las fuerzas de seguridad y de las milicias chavistas. Ante esta situación insostenible, el azar le presenta una oportunidad para salir del país que no duda en aprovechar. Al dirigirse al departamento de una vecina para pedirle refugio, encuentra la puerta abierta. Cuando ingresa descubre que la vecina está muerta y que era ciudadana española. Adelaida se deshace del cadáver, y se apropia de los documentos de identidad y de las cuentas bancarias de la fallecida.

Al abandonar Venezuela, los oficiales del aeropuerto se asombran de que lleve tanta cantidad de libros. De nuevo, se utiliza un lenguaje que animaliza a la gente asociada con el gobierno: uno tiene “aire simiesco” (197) y otro “más que hablar mugía” (200). Caracas misma parece “el nido caliente de un animal [. . .] con ojos de culebra brava” (204).

Aliviada y entusiasmada con el inicio de una nueva vida, Adelaida llega a España con la identidad falsa. Sin embargo, esa nueva identidad, con la cual se presentará ante los parientes españoles de la fallecida, implica un desafío y un desclasamiento. Un desafío porque tendrá que fingir ser alguien a quien no respetaba. Ella subestimaba a la vecina fallecida ya que no tenía el mismo nivel social y cultural; era “una cocinera con secretariado y un grado técnico superior en Turismo” (178). Además no había tenido inquietudes intelectuales y solo había demostrado entusiasmo por las telenovelas. Finalmente, optimista, Adelaida notó la claridad de la mañana española, mientras que recordó que en Caracas “siempre sería de noche” (216).

Como se mencionó, esta novela presenta una antítesis entre civilización y barbarie. La clase media culta de origen europeo representa la primera. La clase baja negra se alinea con la segunda. La naturaleza nativa también forma parte de la barbarie y, como la clase baja bajo el chavismo, invade y destruye la civilización. La narradora evoca un recuerdo de infancia que es ilustrativo de las polaridades mencionadas. En el pueblo donde residían sus tías había una casa abandonada que provocaba resquemores y advertencias de no acercarse. Adelaida, curiosa y desobediente, ingresó a la casa. Sorprendida, encontró “un lugar ruinoso pero bello, moderno, racional y generoso con aquel pueblo pequeño y salobre. Parecía una concesión de la Bauhaus para dotar de orden y progreso a un matorral” (188). Sin embargo, el interior se hallaba invadido por enredaderas y maleza. También era evidente que habían pasado ladrones y vándalos. Había hojas arrancadas de libros en francés y de manuales de arte diseminadas desordenadamente por la vivienda. Esa casa modernista representaba la civilización que no había sobrevivido la invasión de la barbarie. La casa, afirma Adelaida, “era la promesa de que algún día seríamos modernos. Una declaración de intenciones. Pero también las intenciones quedaron en ruinas” (189). La nación, como esa casa, había sido arrasada por la barbarie victoriosa de las hordas incultas.

Bibliografía

Brown, Katie (2019) *Writing and the Revolution. Venezuelan Metafiction 2004-*

 *2012*. Liverpool: Liverpool University Press.

Gomes, Miguel (2017) *El desengaño de la modernidad. Cultura y literatura*

 *venezolana en los albores del siglo XXI*. Caracas: ABediciones.

López, Magdalena (2023) [La hija de la colombiana - *Efecto Cocuyo*](file:///C%3A%5CUsers%5Cvivia%5CDownloads%5CLa%20hija%20de%20la%20colombiana%20-%20Efecto%20Cocuyo.html). Accedido

 8/1/2023.

Osorio Amoretti, Omar (2023) [La narrativa de la violencia, ese muerto saludable. Sobre «La hija de la española», de Karina Sainz Borgo – Omar Osorio Amoretti](file:///C%3A%5CUsers%5Cvivia%5CDownloads%5CLa%20narrativa%20de%20la%20violencia%2C%20ese%20muerto%20saludable.%20Sobre%20%C2%ABLa%20hija%20de%20la%20espa%C3%B1ola%C2%BB%2C%20de%20Karina%20Sainz%20Borgo%20%E2%80%93%20Omar%20Osorio%20Amoretti.html).

 Accedido 8/1/2023

Sainz Borgo, Karina (2019) *La hija de la española*. Barcelona: Penguin Random

 House.

Sandoval, Carlos (2023) [Estética y moral en la narrativa de la era de Chávez: La hija de la española ~ Revista Carátula](file:///C%3A%5CUsers%5Cvivia%5CDownloads%5CEst%C3%A9tica%20y%20moral%20en%20la%20narrativa%20de%20la%20era%20de%20Ch%C3%A1vez_%20La%20hija%20de%20la%20espa%C3%B1ola%20~%20Revista%20Car%C3%A1tula.html) Accedido 8/1/2023.

Valladares-Ruiz, Patricia (2018) *Narrativas del descalabro. La novela venezolana en*

 *tiempos de revolución*. Woodbridge: Tamesis.